

TÍTULO : HUELLAS NARANJAS

SEUDÓNIMO: ANDREA

TEMA : PONLE COLOR A LA VIDA

HUELLAS NARANJAS

En el pueblo cada vez que una persona desaparecía o fallecía, una mancha de color naranja aparecía en algún lugar aleatorio; estos extraños sucesos empezaron a preocupar a los habitantes, pero tras pasar el tiempo se empezó a normalizar y se comenzó a ver como un acto para recordar a los que ya no están en la tierra de los vivos. Encima de estas manchas las personas suelen dejar flores pensando que así los muertos podrán estar en paz.

Estos hechos tan extraños no habían salido de ese lugar, nadie más que ellos sabían que esto era algo sobrenatural, callaban para mantener la tranquilidad del pueblo y para mantener a salvo las almas de las personas que dejaban su marca.

Laura, una joven estudiante pasó por aquel lugar. Ella no esperaba todo de lo que en un futuro se iba a enterar. Se había cumplido un año desde que su abuela se mudó allí y decidió ir a visitarla cuando por fin tenía algo de tiempo libre.

— ¿Qué haces? — Preguntó Laura cuando vio a su abuela fuera de su hogar observando el cielo que poco a poco empezaba a dejar caer gotas de agua. ¿Por qué no estás dentro?

Una sonrisa se formó en el rostro de la mujer de cabello blanco que abrazó a la más joven como bienvenida.

— Nada, sólo quería ver el cielo — Laura la abrazó sin decir nada. Lo extraño, perdón — Sus ojos se llenaban de lágrimas y sus brazos no quería romper ese cálido abrazo.

La débil lluvia empezaba a mojar el suelo y entraron sin decir otra palabra.

— Espero no molestar, estaré aquí unos días, te extrañaba y sé que igual necesitabas algo de compañía después de lo que pasó con el abuelo. —

Laura hablaba y su abuela sólo sonreía, se notaba que estaba agradecida de la visita luego de no tener muchas en bastante tiempo.

— No pasa nada, siempre es agradable una visita y cada vez me estoy acostumbrando a esto, tú también mereces algo de compañía.

—

La tarde fue tan agradable que incluso la lluvia se veía más reconfortante, las tazas con café no se sentían amargas.

— Mi vida últimamente a estado gris, pero desde que estoy aquí cada vez todo se torna de colores más vivos. — Soltó con una voz adormilada y sus ojos empezaban a cerrarse. — Laura entendió lo cansada que estaba y se despidieron para al fin ir a dormir.

Ya era de madrugada, en el pueblo nadie estaba despierto, pero Camila, la mujer con un cabello bello y completamente blanco se levantó, y como si sus pies fueran plumas, salió de su hogar, sin que nadie lo notara. Buscó y buscó esas manchas de patitas naranjas que de la nada aparecían en el suelo, todas las mañanas las seguía hasta encontrar a ese pequeño gato naranja, que sin esperar algo cambio la guiaba a un pequeño bosque lleno de salpicaduras naranjas, estaban por los árboles, por el pasto y hasta en las rocas.

— Gracias de nuevo — Dijo mientras se sentaba en un pequeño y único banco.

El gato se fue no sin antes pasar entremedio de sus pies y dejó a la señora sola en ese bello y silencioso bosque.

El lugar se veía algo gris, pero de a poco todo se volvía más colorido y las emociones de Camila eran más positivas. Una sombra apareció frente a ella y antes de decirle algo besó su frente y una de sus manos.

— Tienes visita. — La mujer asintió. — La extraño.

— Y ella a ti.

Nadie creería que su difunto esposo y ella se verían a muy tempranas horas y de esa manera, mucho menos su nieta.

El felino apareció y cuando lo hizo, la sombra desapareció alcanzando solo a despedirse de su amada, que se sintió llena de energía para continuar el día.

Así fueron todas las mañanas, Laura no tenía idea de lo que pasaba mientras ella dormía, pero una noche cuando no pudo hacerlo escuchó la puerta de la casa y preocupada al ver que su abuela no estaba decidió ir a buscarla. Las patitas naranjas pintadas en el suelo ella no las podía ver, pero de alguna manera llegó a ese bosque que para ella lucía tenebroso. Ahí estaba su abuela, sentada y conversando sola mientras un gato naranja jugaba alrededor de ella.

El animal se percató de su presencia y muy tímido se acercó a ella y de a poco la llevó a un lugar muy importante y doloroso para ella. Laura no podía dejar salir ninguna palabra de lo desconcertada que estaba. Todo era muy extraño. El felino sabía exactamente lo que estaba haciendo. Laura lo siguió, aunque cada paso era más inquietante. El viento movía las hojas de los árboles y la tenue luz de la luna iluminaban débilmente los ojos cristalinos de la estudiante que veían como el bosque y el resto del camino comenzó a llenarse de colores más vivos y de curiosas manchas anaranjadas.

El gato la condujo fuera del bosque, hacia un camino asfaltado por el que no había transitado antes. Una mancha naranja enorme se extendía en el suelo, justo al borde de la carretera. Laura se detuvo al verla, sintiendo un escalofrío recorrer su espalda. Miró alrededor, tratando de entender. Ella no dijo nada, pero aún así el gato le respondió sentándose en la mancha. En ese instante, una sensación de calidez la invadió, acompañada de imágenes que aparecían en su mente: un hombre mayor con una sonrisa tranquila, un coche derrapando, y una despedida inconclusa. Laura cayó de rodillas sin saber cómo reaccionar.

El gato caminó hasta sus pies y frotándose contra ella intentó consolarla. La mancha naranja en el suelo comenzó a brillar levemente, y Laura sintió una conexión que nunca había experimentado. Era como si el alma de su abuelo estuviera presente, mostrándole ese lugar, no para que lo recordara con tristeza, sino para que comprendiera el significado de todo lo que su abuela había estado viviendo.

Las manchas no eran sólo recordatorios de muerte. Eran fragmentos de las emociones y recuerdos más vivos de aquellos que partían, como si dejaran un rastro de su esencia en el mundo. El color naranja simbolizaba la vitalidad que habían tenido en vida, los momentos felices que ahora podían compartirse con los demás.

Laura tomó una gran bocanada de aire y se levantó. El gato, al verla más tranquila, comenzó a caminar hacia el bosque otra vez. Ella lo siguió mientras intentaba organizar todas las nuevas emociones y todos los pensamientos que se le venían a la cabeza. Miró alrededor. Los colores del bosque ahora eran vibrantes, casi mágicos. Por primera vez en mucho tiempo, sintió paz.

—¿Y por qué no pude ver nada de esto antes? — Preguntó cuando vio a su abuela aún sentada en ese solitario banco.

—Porque no todos están listos para ver los colores de la vida, hija. Muchos solo ven gris. Pero tú tienes la oportunidad de cambiar eso.

Esas palabras resonaron profundamente en ella. Laura entendió que, aunque las manchas naranjas simbolizaban la muerte, también representaban la oportunidad de celebrar la vida.

Al día siguiente, salió del bosque con nuevos sentimientos y mucho más tranquila. Su abuela la despidió con una sonrisa, y el gato naranja la siguió hasta la entrada del pueblo antes de desaparecer entre las sombras. En su corazón, Laura recordaría siempre el mensaje de esas manchas naranjas: No dejes de ponerle color a tu vida, incluso en los momentos más oscuros, porque la vida está hecha de todos esos matices y colores que nos dejan quienes amamos.

